El soldado

alejandro fuentes cristerna

Image not found.

Capítulo 1

EL SOLDADO

-- ATENCIÓN, SOLDADOS! ¡LOS ÚLTIMOS ROBODROIDES ESTÁN POR CAER! ¡PREPÁRENSE!

El grito del Sargento Mayor era como una llave que encendiera algún motor interno del soldado de combate Ridley. Agazapado en una trinchera, escuchaba los estallidos de las explosiones que se sucedían una tras otra decenas de metros más adelante. Se sentía un poco desamparado al no tener una máquina a la cual controlar, percibiendo el olor a tierra quemada, a metal fundido, a cable tras haber sufrido corto circuito.

Escuchaba los gritos de los hombres que iban siendo lanzados a combate línea tras línea, y las mortales andanadas de proyectiles de plasma que despedazaban todo aquello con lo que tuvieran contacto, fuera carne o metal. Observó, al asomar la cabeza un poco por el borde de la trinchera, que el enemigo estaba situado en una posición estratégica muy buena, dentro de un búnker que poseía solo una pequeña mirilla de observación.

Los proyectiles de plasma salían a través de orificios en las paredes, y al tener los enemigos un margen de visión muy amplio para maniobrar los cañones, eran capaces de acertar a todo lo que se acercara a menos de 30 metros. Ridley trataba de buscar un punto ciego en aquél festín de carne y vísceras que estaban dándose. Nunca había visto a un enemigo de cerca, y la idea de tener que luchar con un soldado cuerpo a cuerpo le fascinaba hace tiempo.

Una tarde, mientras entrenaba maniobras virtuales en el salón bélico, había llegado el Coronel a dar la noticia: irían al frente de batalla ya que el enemigo avanzaba sin piedad hacia las fronteras, comenzando a luchar con sus propios hombres.

La guerra había durado años y, con el correr del tiempo, las máquinas que luchaban en vez de los hombres habían ido mermando su número hasta que lo inevitable sucedió… Los soldados humanos tuvieron que brincar al campo de batalla así como hacían en las guerras del viejo siglo XX. Los pocos robodroides sobrantes en ambos bandos no bastaron para definir los cursos de las contiendas, y volvieron ineficientes los adelantos tecnológicos bélicos.

Los padres de Ridley eran mineros, y él había nacido en una jornada de trabajo de su madre. La Tierra estaba sobrepoblada, y los recursos eran escasos. La búsqueda de espacios alternativos en el espacio había dado resultados infructuosos, y la humanidad comenzó a invadir las pocas áreas

verdes que había en las fronteras, causando poco a poco conflictos locales primero, regionales después, hasta terminar en una gran guerra global entre naciones vecinas.

En la actualidad, lo único que hacían los países era pelear por esos espacios, y su población era reclutada para la guerra desde niños. No había escuela, ya que todo lo que necesitaban saber lo aprendían en un solo lugar: El Salón Bélico. Pero todo eso había quedado como un recuerdo en su mente. Centenares de sillas, cascos y controles acumulaban polvo hace meses en los centros de combate, al no haber ya las máquinas disponibles para todos los hombres.

El Sargento Mayor dio la orden de salir a combatir, con él hasta el frente de la última línea de ataque donde estaba Ridley, que comenzó a subir ferozmente mientras sentía el calor de los proyectiles de plasma en su rostro al pasar junto a él. Escuchó un grito desgarrador a su izquierda, al tiempo que levantaba su rifle de granadas…

(Una hora después…)

¿Qué objeto había tenido todo aquello? ¿Qué terminaba representando ese punto geográfico en particular, en todo el esquema de la guerra? Esas eran las preguntas que se hacía el soldado Ridley, de pie en el punto más alto de la colina tras haber recuperado la conciencia.

Tras la carnicería, no quedaba nada más en el campo de batalla que cuerpos desmembrados por doquier, sangre coagulada pintando la tierra de rojo y humo elevándose hacia el cielo, como representación macabra de las almas de tantos hombres sacrificados en nombre de la estupidez. Restos de robodroides acompañaban los cadáveres de aquellos a los que protegían.

No entendía como sobrevivió a eso. Conforme llegaban a la cima, uno a uno fueron explotando en una lluvia de vísceras y sangre sus compañeros. Izquierda, derecha, no importaba donde estuvieran situados, desaparecían de su lado al ser alcanzados por uno de esos malditos proyectiles explosivos.

Sin tiempo para dedicarles una mirada siquiera, él continuaba avanzando, avanzando, metro a metro cuesta arriba, intentando llegar a su objetivo final que era la torreta de armas enemiga, defendida ahora por criaturas de carne y hueso. Su rostro tenía sangre seca pegada, formando una costra a manera de máscara grotesca, cubriendo sus facciones. Lo último que recordaba haber hecho, fue disparar el rifle de granadas hacia la mirilla de la torreta.

Una explosión ensordecedora lo arrojó con furia hacia atrás y cuesta abajo, sintiendo que rodaba a la base de la colina, como si fuera un juego

en el cual hubiera perdido y debiera comenzar de nuevo. Al despertar, no había nadie más vivo. Cadáveres a un lado y otro tapizaban el campo y la colina, volviendo imposible caminar en línea recta sin pisar la mano o las piernas de algún compañero caído.

Lo que quedaba de las máquinas humanoides servía de cama metálica a los compañeros de tantas batallas. Al llegar a los restos de la torreta, se sorprendió a tal grado que no pudo evitar una exclamación. En el campo situado a espaldas de ésta, no había sino flores y un verde impresionante forrando la tierra. 150 robodroides y 250 hombres masacrados, destruidos, aniquilados por… ¿Cuántos cuerpos podía formar con los trozos que se adivinaban entre los escombros de aquellos que atacaban? Cuatro, cinco a lo más.

Soltando maldiciones a ese puñado de militares que los orillaron, les ordenaron, exigieron apelando a su fervor patriótico, tomar ése último bastión estratégico, lloró en silencio, cayendo lágrimas color café hasta su uniforme al ir lavando la sangre de sus compañeros pegada a su piel. Sin darse cuenta de lo que hacía, se ajustó el rifle de granadas a la espalda y comenzó a caminar hacia la pradera.

Durante un tiempo indefinido, anduvo marchando a paso marcial, pareciendo dirigir a un batallón fantasma. Luego de un rato, la mente le ordenó soltarse, como si fuera un superior que brindara piadosamente la orden de descanso y romper filas, haciendo que su paso fuera más irregular. Si su atención la hubiera tenido al 100, se habría percatado que caminó por horas. Al fin, negándose sus pies a moverlo un metro más, se dejó caer al pie de un gran árbol.

El cansancio empezó a invadirlo poco a poco, hasta que el sueño lo venció. Soñó que estaba a punto de tomar la torreta y en cada ocasión, fallaba, explotando en miles de trozos que se perdían entre las briznas de hierba. En otros fragmentos de sueño, él era el robot y alguno de sus compañeros humanos el director, moviéndolo frente al enemigo aunque él sintiera que era mejor optar por otra estrategia.

Su mente de soldado le dijo que algo no andaba bien, despertando de inmediato y poniéndose de pie, asiendo el rifle y girando la cabeza en todas direcciones. A unos 20 metros, alguien se ocultó detrás de una gran roca. Aguzando la vista tras asomarse lo mínimo indispensable, pudo percatarse que era un hombre, un soldado que portaba el uniforme enemigo.

Parapetándose de nuevo tras el árbol, comenzó a sudar frío. Le había visto, no había duda. ¿Por qué no disparaba? Quizá no tenía arma. No, era imposible. Habría intentado huir ya al estar indefenso. Con seguridad tenía un arma de bajo calibre. Tal vez un aturdidor, para lo cual tenía que

estar a poca distancia si es que deseaba generar el efecto adecuado.

En la Academia habían practicado algunas ocasiones con esos aparatos en la potencia mínima, sin que eso fuera impedimento para que Ridley hubiera terminado en el piso babeando al haberle acertado Kriss, su compañero de barraca.

Saliendo de ese momento de remembranza, un vacío en su estómago casi le hizo vomitar al darse cuenta de algo. Temblando visiblemente, abrió con cuidado su rifle de granadas, dándose cuenta que estaba vacío. Eso y no tener arma, era lo mismo.

Comenzó a pensar en forma angustiosa, tratando de idear alguna estrategia. Miró de nuevo hacia la roca, intentando observar el terreno en esa fracción de segundo para plasmar una imagen en su mente que le fuera de utilidad, no encontrando nada que pudiera ayudarle. La única opción que le quedaba, era engañarle para que soltara su arma, usándola contra él después y asfixiarlo cuando estuviera indefenso.

-- ¡TIRA EL ARMA Y SAL CON LAS MANOS EN ALTO! – le gritó con todas sus fuerzas al enemigo.
-- ¡LA MILITO FINIGIS! –respondió aquél.

Era la primera vez que escuchaba el idioma enemigo. Ridley, al ser un soldado raso de combate, no tenía la necesidad de aprenderlo. Eso lo hacían los de comunicaciones. El, a fin de cuentas, se sentaba en una silla acolchada, le colocaban un casco virtual y lanzaba su robodroide al campo de batalla. ¿Qué demonios le estaba diciendo?

-- ¡TIRA EL ARMA, MALDICIÓN, Y SAL DE AHÍ! – le gritó, nuevamente.
-- ¡LA MILITO FINIGIS! ¿NE KOMPRENAS MIN?

Ridley se sobó la cara, consiguiendo irritarse los ojos por haber embarrado la sangre a medio humedecer por el sudor, en ellos. Palpando el pánico que se apoderaba de él por ese momento de debilidad y sintiéndose indefenso, se talló con furia el rostro usando la manga de su camisa. Al pasar la lengua por los labios resecos, sintió el sabor de la sangre ajena en ella.

-- ¡Ne volas mortigi vin! – le gritó el soldado en un tono menos severo.

Sin atinar qué responderle, se quedó en silencio. Miró en forma fugaz hacia donde se ocultaba. Gracias a que el sol comenzaba a ponerse, pudo apreciar, por la sombra, que sostenía un objeto largo y delgado. ¡Maldición! Con seguridad una vaina láser. No lo mataría si le disparaba, pero perder unos 3 cm de grosor de tejido por el disparo, sería muy malo. Quizá lo conveniente fuera aguardar hasta la noche, para atacarle si era lo

bastante sigiloso y sorprenderlo.

-- ¿Havas malsaton? – le preguntó su enemigo, en un tono que por el momento le pareció incluso cordial.

Escuchó que se abría una bolsa de polímero. Sus sentidos se agudizaron al máximo. Asió el rifle por la punta, para poder usarlo como garrote si era necesario. Observando de nuevo la sombra que se proyectaba en el piso, miró un objeto esférico que comenzaba a hacer un arco en el aire. ¡Una granada! La vida de un soldado dependía de lo que sus instintos y su entrenamiento le dijeran que hiciese en fracciones de segundo, les repetía incesantemente el Sargento entrenador.

Levantándose de su escondite y corriendo lo más rápido que pudo para salvar la distancia que les separaba, giró el rifle sobre su cabeza de derecha a izquierda al momento en que el enemigo asomaba la cabeza. Un momento antes de dar el golpe de la culata sobre el rostro del soldado, pudo captar un atisbo de sorpresa y miedo.

El arma partió el hueso y salpicó una serie de dientes y carne hacia el frente. Cayendo de forma pesada sobre el pasto, comenzó a respirar en forma estertórea, intentando jalar aire de manera desesperada.

Ridley se relajó de inmediato. Había salvado la vida y retirado de la lucha a un enemigo más. Algo llamó su atención en ese instante… No era una vaina láser, sino un palo delgado tirado junto al hombre. Le observó un momento, notando con curiosidad que tenía una fea herida debajo de la rodilla izquierda.

Se percató de otra cosa: la granada no había explotado. Volviendo sobre sus pasos, buscó por entre el pasto qué cosa había visto volar y la halló. Una manzana. En ese punto, escuchó un zumbido familiar, identificándolo como el sonido de un avión de reconocimiento. Manteniendo la vista hacia el cielo, lo ubicó a unos 500 metros dirigiéndose hacia él, tras haber sido detectado gracias a los radares térmicos que el avión portaba en la punta de la nariz.

Vio que tiraba algunos papeles al cruzar sobre él. Un poco de viento traído por la cola del avión, le hizo el favor de acercarle uno de ellos. Comenzó a leerlo con terror creciente:

(LA MILITO FINIGIS/LA GUERRA TERMINÓ) – (PLANEDO ESTIS TROVITA/SE ENCONTRÓ UN PLANETA) – (LA MILITO FINIGIS/LA GUERRA TERMINÓ) – (PLANEDO ESTIS TROVITA/SE ENCONTRÓ UN PLANETA)…

Se abalanzó sobre el soldado, para ver si aún vivía. Era tarde. Comenzó a vomitar bilis al sentir algo extraño en su interior. Un sentimiento nuevo que jamás había tenido al matar a un soldado enemigo: Había matado a

un hombre en época de paz por primera vez…

Cuando tropas de reconocimiento de ambos países vecinos llegaron al sitio 12 horas después, encontraron una tumba reciente, hecha en forma muy rústica, y a un soldado que pendía de un árbol cercano. Había hecho una soga con su ropa y sus agujetas. Las últimas falanges estaban destrozadas y tenía los dedos ensangrentados y las manos llenas de tierra…